

## “El pan de vida que alimenta al mundo”

*Por: Doris Regan*

Una de las cosas que más me fascinaban al estar en América Latina es ver cómo a la gente le gusta hacer pan en casa. Hacer este pan sigue un rito antiguo en el que se repite un gesto lleno de sentido humano que va más allá de las necesidades inmediatas. El pan se amasa con la mano y no sin dolor. Se añade la levadura, se espera, se pone el pan en el horno, se le cocina y se reparte. Siempre es algo especial porque es un familiar quien lo hace y no es un pan comprado en la panadería. En este sentido es un pan sacramental –un signo y un encuentro– como dice Leonardo Boff. Tiene todos los ingredientes de todos los panes: harina de trigo, aceite, levadura, hierbas, etc. Sin embargo es diferente porque evoca otra realidad humana que se hace presente en este pan. Este pan es un símbolo fundamental de la vida. Cada vez que los niños, ya adultos comen el pan, se acuerdan del pan de su casa de niño, se acuerdan de la abuela o la mamá que lo hizo y se alegran con el pan fresco. Este pan nos hace recordar algo que no es pan, es una convivencia de familia y de solidaridad.

En el Evangelio de Juan nos encontramos con un discurso sobre el pan de vida que ya no se refiere solamente a la palabra de Jesús, sino a su Cuerpo, el sacramento de la Eucaristía. Se nos pide que a través de este sacramento hagamos el gesto de comerlo, gesto sensible que indica que Cristo entero entre en nuestra vida. Por esta razón los judíos reaccionaron inmediatamente contra este gesto porque les resultaba inconcebible comer a Jesús. La presencia de Jesús en la Eucaristía es una presencia sacramental –tras las apariencias del pan y el vino recibimos al mismo Cristo–, entra en nuestras vidas Cristo entero, Dios y hombre, espíritu y cuerpo resucitado indica la totalidad de la persona. Esto nos dice que en la Eucaristía se produce la unión más plena con Cristo que se puede desear en esta vida.

Los judíos no entendieron que Cristo no se refería a algo cruento como se come un animal que calma el hambre del cuerpo, sino al signo de comerlo en las apariencias del pan y el vino para saciar el hambre espiritual, las ansias más profundas de nuestro ser. Por otra parte, fue importante para Juan, viviendo unos años de comunidad cristiana, acentuar esto para refutar a los docetas, filósofos gnósticos que afirmaban que todo lo humano de Jesús sería sólo una apariencia. Parece que la comunidad de San Juan se dio cuenta que había que acentuar la verdadera humanidad de Jesús contra la falsa “espiritualización” de los docetas.

Comulgar el Cuerpo y la Sangre de Cristo es hacer nuestro el sentido que el Señor quiso darle a su vida. Él, que enseñó a sus discípulos a pedir “el pan de cada día”, terminó haciéndose pan, alimento para la vida. En las apariciones, después de la Resurrección, la presencia de Cristo resucitado es para la comunidad, para animar y alimentar a sus discípulos para la misión. Jesús es el que fermenta la masa de nuestra vida humana, haciendo palpable la esperanza del Reino de Dios. Él es el pan de cada día, el pan horneado en los corazones de la comunidad, el pan compartido con un mundo hambriento. Cuando estamos sentados a la mesa de la vida, reconocemos que es él quien comparte el pan con nosotros.

Recordemos a Monseñor Oscar Romero, en El Salvador, un pastor, un profeta y un mártir para la fe que fue asesinado mientras celebraba la Eucaristía. Monseñor se hizo uno con su pueblo, se encarnó a Cristo en sus gestos y palabras. En una ocasión dijo: “Un cristiano que se alimenta en la Eucaristía, donde su fe le dice que se une a la vida de Cristo, que entra en comunión con Él ¿cómo puede vivir idólatra del dinero, del poder, de sí mismo, del egoísmo? ¿Cómo puede ser idólatra un cristiano que comulga?”

Entonces, ¿qué podemos decir del Cuerpo de Cristo y nosotros? San Pablo dice que formamos UN SOLO CUERPO porque Cristo es uno y todos participamos en el mismo pan que es su cuerpo, es decir, que en la Eucaristía partimos el pan y lo repartimos en nuestra vida. Partimos el pan en los dolores que experimentamos en la vida haciendo los esfuerzos de unión y reconciliación con los demás para hacer realidad este Reino de Dios– que va más allá de las fronteras de la Iglesia, y por lo tanto, la Iglesia aprecia todo aquello que sintoniza con su esfuerzo por instaurar el Reino de Dios. Cuando Jesús dijo que nos amemos uno al otro, está pidiendo que vivamos en comunión, en comunidad. Somos el pan y compartimos nuestra vida, la vida de Cristo mientras que hacemos pan de vidas cada día, encarnando el pan de vida (Cristo) en nuestra casa, nuestro trabajo, nuestro país.

Me acuerdo de un niño en una comunidad cerca al río donde yo viajaba visitando comunidades lejos de la ciudad. Llegamos, y como siempre, toda la comunidad estaba esperándonos. Yo tenía unas galletas y le di una al niño que estaba en la orilla. Después observé salir corriendo para encontrar a su hermanito. Él sacó la galleta de su bolsa, la partió y le dio al hermanito.

Si hay algo necesario hoy, es este sentido de Eucaristía y del Cuerpo de Cristo -¡qué sea una globalización de la solidaridad, mientras que nos hacemos pan para los demás cristianos que tienen la responsabilidad de ser fermento de la sociedad!